III
ECUMENISMO ESPIRITUAL*

LAS IGLESIAS ORTODOXAS REQUIEREN NUESTRA ATENCION

Reflexiones del P. MANUEL G. BUENO, O. P., al volver de la *II Marcha Mariana de la Unidad*, por el Oriente Cristiano, en verano de 1967.

Aunque nuestro paso por el Oriente Cristiano ha sido muy rápido, sin embargo, hemos podido percatarnos de alguna de sus características y escuchar la voz de su apremiante llamada fraterna. Comparando la "II Marcha Mariana de la Unidad" por el Oriente con la primera por Inglaterra y Francia, encontramos entre ambas una notable diferencia. Con los anglicanos y los protestantes, nosotros, los católicos, estamos dogmática, cristiana y sobrenaturalmente muy distanciados; mucho más con los protestantes, aunque se trate de la Comunidad de Taizé, que con los anglicanos; con ambos hay bastantes

* En el próximo número de DIÁLOGO ECUMÉNICO haremos una exposición detallada de la Celebración de la Semana de la Unidad en Salamanca y en España.

Universidad Pontificia de Salamanca

diferencias dogmáticas y prácticas, que afectan a la constitución esencial de la Iglesia. Sin embargo, como pertenecemos todos a una misma cultura occidental, con unos mismos hábitos de pensar y de obrar en lo humano y social, nos parece que estamos cercanos y unidos. Nos entendemos y tratamos con facilicidad, y entablamos varias formas de diálogo y colaboración.

En cambio con los ortodoxos ocurre exactamente lo contrario. En Cristo estamos muy unidos. Compartimos una misma vida sobrenatural de hijos de Dios y profesamos casi la misma fe. Hay algunas diferencias de usos y de ritos; pero coincidimos en lo fundamental. La misma cuestión del Primado no se sabe hasta qué punto la niegan en la práctica, o más bien la viven de otra manera, de la que nosotros nos hemos distanciado proyectando en parte sobre ellos nuestra propia culpa. Sin embargo, humana y culturalmente estamos muy distantes. Poseemos hábitos de pensar y de actuar muy distintos. La misma verdad y vida evangélica se hallan encarnadas en dos o más culturas muy distanciadas por el espacio y el tiempo. Por eso es imperiosamente urgente que se acorten y reduzcan mediante el trato y el conocimiento mutuos estas diferencias humanas y culturales. Se trata de algo que resultará mucho más fácil que el acercamiento dogmático y disciplinar.

En este mutuo esfuerzo por acercarnos, somos nosotros los que debemos ir al Oriente por una doble razón de justicia y caridad. El Occidente tiene una grave deuda con el Oriente, que es preciso saldar. Las venerables Iglesias del Oriente tienen, si exceptuamos Roma, una especial primacía y superioridad en relación con las de Occidente. No sólo son las primeras, las originales, donde antes se vivió con pureza y perfección el Evangelio, sino que también han sido plantadas y regidas por los mismos Apóstoles. En ellas se establecieron los Apóstoles y sus inmediatos sucesores e implantaron los primeros usos cristianos y las primeras fórmulas dogmáticas. El Obispo de Antioquía o de Efeso suceden a los Apóstoles de un modo más directo que el Obispo, por ejemplo, de Madrid. Todo esto les da un relieve, una dignidad que debemos reconocer. Son la fuente, lo primigenio, a donde necesitamos mirar y volver, para renovarnos, purificarnos y conservarnos fieles. Nuestro avance y nuestra evolución deben estar siempre en armonía y concordia con estos principios. Por eso debemos ir al Oriente, para beber el agua cristalina del manantial. Qui-

Universidad Pontificia de Salamanca

zás no tengan otros valores; pero las Iglesias orientales han sabido conservar con celo el depósito primitivo.

De estas Iglesias orientales han salido también los misioneros que nos evangelizaron a nosotros. Son Iglesias madres de las nuestras. Les debemos los dones de la fe y la caridad de Cristo. Muchas de las fiestas del Señor, de la Stma. Virgen y de los santos de ellos nos vinieron. Por eso, como hijos agradecidos, estamos obligados a testimoniarles nuestra gratitud, a respetarles y mantener con ellos cordiales relaciones de fraternidad y comunión.

La caridad de Cristo también nos impulsa a ir a Oriente. En otro tiempo las Iglesias del Oriente prosperaron y florecieron en todos los aspectos; fueron Iglesias de un gran esplendor doctrinal, litúrgico, artístico, humano y cultural. Muchos se santificaron en ellas y contribuyeron mucho a santificar por su poder, su riqueza y su influencia espirituales, no sólo a los hombres sino también a todos los valores humanos. Pero hoy, a causa de los azares de la historia, conocen dificultades y estrecheces más o menos agudas. Poseen pocos fieles, y a veces viven entre mayorías indiferentes u hostiles al cristianismo. Por sí solos apenas pueden, salvo honrosas excepciones, hacer frente a los mil problemas de toda índole que cada día se les presentan. En cambio las Iglesias de Occidente se encuentran en estado de pujanza y prosperidad. Por eso la caridad de Cristo les obliga a acercarse a sus hermanos de Oriente, para ayudarles, animarles y decirles con su presencia que no están solos, que la Iglesia de Cristo está con ellos, a fin de que sigan fieles a su testimonio.

No podemos desentendernos de sus necesidades. La comunión que nos une en Cristo, nos exige que nos unamos en la mutua ayuda. Son partes de la Unica Iglesia, con las que todos nos debemos solidarizar. Sus glorias son nuestras glorias; sus triunfos nuestros triunfos; pero también sus luchas y sus penas deben ser nuestras. Debemos estar a su lado; tenemos que ir al Oriente, como hijos agradecidos que se acercan a la madre sola e indefensa para darle cariño y fuerza.

A través de la historia, varias veces el Occidente se acercó al Oriente; pero en plan de superioridad, de dominio y expoliación, con arrogancia e intransigencia. Hoy hay que acercarse con otra actitud más evangélica y más auténtica. Debemos ir con humildad y respeto, para aprender, volviendo a las fuentes; para reconocer, testimoniándoles nuestra gratitud;

Universidad Pontificia de Salamanca

para confortar, prestando nuestra ayuda; y para comulgar con ellos, afianzando nuestros lazos de unión.

El Papa Pablo VI nos ha trazado el camino, con profética clarividencia. Ha ido con humildad, para aprender, abajándose hasta sus hermanos en el episcopado y poniendo la Iglesia del Concilio Vaticano II en conexión con los grandes Concilios celebrados en el Oriente; ha reconocido la dignidad de los patriarcas y obispos orientales; les ha testimoniado su respeto y su estima y les ha brindado su colaboración y su deseo de establecer juntos la plena comunión entre todos. Esta es la ruta; este es el ideal. Sigamos las huellas de Pablo VI. Vayamos todos al Oriente, unos con la oración, otros con la presencia; pero todos para agradecer, para aprender y para colaborar.

Con este mutuo acercamiento todos nos beneficiaremos y nos enriqueceremos más en Cristo. Ellos se sentirán confortados en su aislamiento y en sus necesidades, al percibir a su lado el calor y la fuerza de toda la Iglesia universal. Se darán cuenta de que no están solos; de que Cristo sigue siendo fuerte en el mundo y que cuenta con ellos para salvarnos a todos; que tienen una misión muy noble que cumplir; pero no aislados, sino en comunión con toda la Iglesia, para que su vida pujante y joven llegue a todos. Al mismo tiempo en este mutuo contacto y comprensión, comprobarían que tenemos la misma fe que ellos, pero algo más evolucionada y adaptada a las exigencias y necesidades actuales. Esta experiencia, suave y contagiosa, les inducirá también a ellos a evolucionar y renovarse en el mismo sentido y en la más estricta fidelidad al patrimonio heredado de los mayores. Ellos padecen un notable retraso evolutivo en la adaptación de la vida cristiana a las circunstancias del mundo actual. Por eso necesitan convencerse de la necesidad de evolución, por contacto amistoso con nosotros, para que su desarrollo resulte interno, vital y homogéneo. De esta manera, por nuestro mutuo progreso convergente hacia Cristo, a quien todos debemos permanecer fieles, nos llegaríamos a identificar plenamente en la misma fe y en la misma vida cristiana.

Nosotros también nos beneficiaríamos positivamente. El contacto con las fuentes siempre es confortante. Descubriríamos en ellos varios valores evangélicos, de los que nosotros nos hemos olvidado en parte y que nos conviene reavivar, como gracias a Dios se está haciendo con algunos a partir del

Universidad Pontificia de Salamanca

Concilio. No pretendemos ser exhaustivos, pero sí queremos recordar algunos de los más significativos, para que nos convenzamos de que es mucho lo que podemos aprender de ellos; de que debemos ir a la escuela del Oriente, no tanto como maestros sino como discípulos. Ellos viven mejor que nosotros la colegialidad de la Iglesia; el misterio del Cuerpo Místico del que cada uno es miembro, no aislado, sino en comunión y dependencia con los demás; la liturgia, como fuente de santificación y apostolado; la concelebración de la Eucaristía y la comunión bajo las dos especies; el sentido trinitario, cristológico y mariológico de la vida cristiana; la devoción fiel y generosa al Espíritu Santo, alma santificadora de la Iglesia y del cristiano; el culto a los santos y en particular a la Stma. Virgen, a quien de continuo invocan en toda su liturgia; el aprecio del monacato y la vida contemplativa, que entre nosotros va decayendo; la austeridad en la mortificación del cuerpo y la renuncia a las cosas materiales, así como el cultivo intenso de la vida espiritual, de la vida interior, en que en definitiva consiste el reino de Dios.

La comprobación de todos estos valores cristianos en ellos, sin duda, nos induciría también a nosotros a cultivarlos y desarrollarlos con positivo beneficio para todos. El Concilio ha revalorizado algunos de ellos; pero conviene que los practiquemos todos, y además en dependencia, en comunión y en santa emulación con ellos. Por ser auténticos valores evangélicos, su práctica fervorosa y leal no sólo nos aproximaría a ellos, sino que contribuiría a perfeccionar nuestra vida cristiana.

Este contacto cada vez más fraterno y frecuente con el Oriente nos proporcionaría otro inapreciable beneficio: nos preservaría del peligro de protestantizarnos, que nos acecha amenazador. Muchos piensan que el ecumenismo es sólo trato cordial con los protestantes, olvidando lamentablemente a los ortodoxos. Por eso, llevados del deseo de acercarse a ellos, tratan de protestantizar a la Iglesia católica, renunciando a muchos de los valores cristianos que compartimos con la Ortodoxia y que son patrimonio de la Iglesia indivisa. Contra este peligro nos protegería la aproximación al Oriente. Por una parte, universalizaría nuestro horizonte y nos haría contar en el diálogo y esfuerzo ecuménico no sólo con los protestantes, sino también con los ortodoxos, para no conceder a aquellos lo que nos alejaría por igual de éstos y de Cristo.

Universidad Pontificia de Salamanca

No hay que pensar sólo en protestantizar, como opinan de hecho algunos, sino también en catolizar y orientalizar.

Por otra parte, al ver que los ortodoxos viven, aún mejor que nosotros, los mismos valores, a que renunció la Reforma protestante, nos dará fuerza y seguridad para defenderlos y mantenerlos por fidelidad a las fuentes y al Evangelio. Son patrimonio de toda la Iglesia, al que nadie puede ser infiel. En concreto, fijándonos sólo en uno de estos valores cristianos, el que a nosotros más nos interesa desde el punto de vista de nuestro movimiento "A LA UNIDAD POR MARIA", comprobamos que el culto y la devoción a la Stma. Virgen, así como a los santos, está vivo y operante entre los ortodoxos igual o más que entre nosotros. Sus liturgias están saturadas de invocaciones y alabanzas a la Santa Madre de Dios y abogada de los desterrados hijos de Eva; sus iglesias rebosan de iconos, de lámparas y de cirios en su honor, a los que los fieles acuden para impregnarse de sus virtudes e implorar su intercesión; y sus santuarios marianos son centros de culto, de fervor cristiano y de dispensación de muchas gracias, algunas de tipo milagroso. ¡Qué diferencia, por ejemplo, entre una de nuestras iglesias modernas, de estilo protestante, desprovista de toda imagen y adorno, y una iglesia ortodoxa tan rica en simbolismo, en iconos y en arte, de tal manera que es una plástica predicación de todo el misterio cristiano!

Esta realidad del culto mariano del Oriente, si nos acercamos a él con ánimo de aprender, debe de hacernos sensatos y darnos fuerzas para defenderlo, conservarlo y desarrollarlo también nosotros en contra de todas las corrientes y concesiones protestantizantes. La Ortodoxia nos frenará en la pendiente protestante de quitar a la Stma. Virgen el puesto que le corresponde en la vida de la Iglesia. Con ello el contacto con el Oriente nos aprovechará no sólo para conservar íntegros muchos de los aspectos de la vida cristiana, sino también para alcanzar la perfecta unidad en la plena verdad de Cristo.

Sigamos, pues, la dirección de Pablo VI. Respondamos a las exigencias del misterio de la Iglesia. Descifremos los signos de los tiempos. Vayamos al Oriente. De allí nos vino la luz. Allí debemos volver, para renovar nuestra luz.

Universidad Pontificia de Salamanca